

talleres de arte sacro de Olot. Otros autores se mueven en clave diversa, como el purismo si bien, en conjunto, lo más destacado es el eclecticismo de los pocos autores que se animan a plasmar asuntos de temática religiosa. También la pintura historicista buscó su inspiración en sucesos de las vidas de los santos, con nombres como José Moreno Carbonero o Virgilio Mattoni. Por último, durante la segunda mitad de la centuria decimonónica el costumbrismo religioso irrumpió igualmente en el mundo de la pintura con un Mariano Fortuny o un Joaquín Sorolla a la cabeza. Los nuevos gustos de inspiración realista contribuyeron no poco al declinar de la pintura religiosa en España a pesar de notorios intentos por evitarlo, como el desarrollado por el Cercle artistic de San Lluç, inspirado por Torrás

y Bagés, y del que participaron Joan Llimona y, quizás, Santiago Rusiñol. También dentro del costumbrismo pueden incluirse algunas pinturas de Julio Romero de Torres y del mismo Pablo Picasso en sus años jóvenes.

Interesante repaso al panorama artístico español del siglo XIX el que ofrece Ramos Domingo, en una publicación amena que reproduce numerosas obras de los pintores mencionados y que ofrece pistas muy interesantes para futuros estudios, entre las que sobresale a mi parecer la influencia ejercida en España por Johann Friedrich Overbeck y la Hermandad de San Lucas, núcleo germinal de la estética romántica de los nazarenos.

Fermín LABARGA
Universidad de Navarra

José RODA PEÑA, *Pedro Roldán. Escultor. 1624-1699*

ArcoLibros, Madrid 2012, 382 pp.

El acreditado investigador y profesor de la universidad de Sevilla, José Roda Peña (1964), ha sido el encargado de redactar la biografía del escultor hispalense Pedro Roldán para la colección *Ars Hispanica* de la editorial ArcoLibros. Se trata de la personalidad más destacada del panorama artístico sevillano de la segunda mitad del siglo XVII y una de las figuras más brillantes dentro de la escultura barroca española, cuya influencia se perpetuó a través de su taller y de su propia familia, entre cuyos miembros destaca por su delicada elegancia su hija Luisa, la Roldana, primera mujer que llegó a alcanzar el título de escultora de cámara del rey.

Con su habitual sagacidad y dominio de las fuentes y de la bibliografía (como demuestra en la valoración historiográfica), Roda ha trazado una biografía, vital y artística, del escultor que habrá de tenerse en cuenta a partir de ahora cuando se haya de hablar de Pedro

Roldán. El perfil biográfico arroja luces sobre los años de aprendizaje artístico y los consiguientes de su consolidación como escultor en Sevilla hacia 1664, fecha a partir de la cual se desarrolla lo que el autor denomina «la década prodigiosa» (1665-1675) por la cantidad y calidad de las obras producidas; sigue a ésta, otra década marcada por los viajes (1675-1684) y, finalmente, «una ancianidad pletórica de encargos» (1685-1699). Esta incesante actividad de Pedro Roldán hubo de conciliarse con sus deberes familiares y religiosos, una vez que –como yo he mismo he tenido la oportunidad de certificar documentalment– ingresó como hermano de la Santa Escuela de Cristo, buena prueba de su acendrado espíritu cristiano.

La segunda parte del libro se centra en diversas «facetas de su personalidad artística», es decir, en los rasgos configuradores de un estilo propio (peculiar técnica de la talla, ca-

racterización estilística y morfológica, tipología iconográfica) que causó furor en la barroca sociedad hispalense de las décadas finales del siglo XVII y no sólo, porque también de muchos otros lugares (de Andalucía y Canarias principalmente) acudieron en demanda de tallas para catedrales, iglesias, conventos y cofradías. Precisamente, la tercera parte del estudio se centra en los encargos que recibió Roldán, incluyendo también los efectuados por la nobleza y otros clientes particulares. De esta forma se pone en pie un verdadero catálogo de la obra escultórica de Pedro Roldán, con la dificultad inherente de deslindar los trabajos que se le han atribuido con ma-

yor o menor fortuna, teniendo en cuenta que formó un potente taller del que salieron notables seguidores de su estilo hasta bien avanzado el siglo XVIII.

Nos encontramos, pues, ante una monografía muy recomendable con un texto elaborado con rigor y claridad y un abundante complemento gráfico, imprescindible en este tipo de obras. Sólo resta felicitar al autor y animar a la editorial a continuar con la publicación de nuevas monografías sobre otros «grandes» del arte español.

Fermín LABARGA
Universidad de Navarra

Jesús ROMERO BENÍTEZ, *Antonio del Castillo. Escultor antequerano (1635-1704)*
Chapitel, Antequera 2013, 148 pp.

Antequera es un paraíso para cualquier amante del arte. Desde sus vestigios prehistóricos y romanos hasta edificios levantados bajo la estética del art decó, la ciudad andaluza presenta una extensa colección de monumentos entre los que cabe mencionar la antigua colegiata de Santa María, de bellas trazas renacentistas. Pero, por encima de cualquier otro estilo lo que domina en Antequera es el barroco; un barroco cálido y recurrente que da forma a bellas fachadas al igual que a deslumbrantes camarines o a la ingente profusión de retablos que pueblan sus iglesias, ermitas y conventos. Porque Antequera es una ciudad conventual, con clausuras que atesoran buena parte de la esencia del barroco y de las devociones locales materializadas en imágenes de Cristos y Vírgenes de impactante belleza y dramatismo.

La empresa Chapitel. Conservación y Restauración S.L. acaba de poner en el mercado un precioso libro dedicado al escultor antequerano Antonio del Castillo (1635-1704). Su autor es Jesús Romero Benítez, investigador acreditado y grandísimo conocedor del patrimonio artístico antequerano, de

quien se puede recordar la magnífica *Guía artística de Antequera*, que va ya por su segunda edición. La publicación que ahora reseñamos resulta muy atractiva tanto por su interesante contenido como por su cuidado diseño y la gran profusión de fotografías a color.

Antequera en el siglo XVIII era una ciudad próspera y floreciente que, artísticamente y por su misma ubicación geográfica, actuaba como punto de convergencia de la estética de los talleres granadinos y malagueños, por una parte, y de los sevillanos y cordobeses, por otra. Y a partir de todos esos influjos alcanzó a definir su propia identidad artística, uno de cuyos exponentes es Antonio del Castillo. Con influencias granadinas, singularmente de José de Mora, y también del gran Pedro de Mena, este escultor antequerano –clérigo por más señas– aprendió el oficio en el taller paterno del que más adelante se hizo cargo y desde el que salieron magníficas piezas que Romero Benítez analiza en vistas a conformar un primer catálogo solvente de este autor, hasta el momento, poco conocido y que, con el tiempo, se habrá de depurar y completar.